✠

CARTA

DEL P. ALONSO LO-
BERA DE LA COMPAÑIA
DE JESUS,

Rector del Colegio Maximo de San Pablo, para los Superiores de las Casas, y Colegios de esta Provincia del Perù, sobre la muerte, y exemplares virtudes del Padre Pedro Foronda, de la misma Compañia.

PAX CHRISTI. &c.

EN seguimiento del triste aviso, que por la precision del Correo passado, dì entonces à toda la Provincia, de la muerte sola del P. Pedro Foronda, para que no se le demorassen los Sufragios, que acostumbra nuestra Compañia, sale al presente esta Carta, dando à luz, aunque en compendio, sus exemplares virtudes, para templar algun tanto con su grata relacion la dolorosa pena, que con razon nos aflige, por la falta de un Varon, cuya vida, siendo ama-

ble para todos, aſsi por la ſuavidad de ſu genio, como por los incentivos al amor de las virtudes, que ſu religioſo trato, y conocidos exemplos miniſtraban, era à la verdad mucho mas digna de apreciarſe conſervada en eſte Maximo Colegio, para que nueſtra Juventud religioſa, que en èl mora, tuvieſſe ſiempre à la viſta el exemplar admirable, de un verdadero Jeſuita, à quien ſaber imitar: ſale traſladando à breves clauſulas la heroycidad prodigioſa de iluſtriſsimas acciones, con que una religioſa vida ſe hace ſiempre reſpetar de aquellos que las atienden: ſale en fin para moſtrar, una fiel ajuſtada copia de aquella alta perfeccion, que pide Chriſto à los que lo ſiguen, èmula de la que goza ſu Padre Celeſtial: *Eſtote perfecti, ſicut & Pater veſter Cœleſtis perfectus eſt.* Mas ſiendo la breve relacion, que ofrezco, ſolo un ligero compendio; pondrà unicamente ante los ojos las principales virtudes, que nos dieron mas à conocer ſus ſingulares exemplos.

Matth. 5. 48.

Naciò el P. Pedro en la Ciudad de Lima de Padres Nobles, Ricos, y virtuoſos, que procuraron criarlo en el temor de Dios, è inſtruirlo, por medio de eruditos Preceptores en los primeros rudimentos de la Gramatica, y Latinidad: los que conſeguidos con aquella perfeccion de que es capàz una edad tierna, lo entraron à nueſtro Colegio de San Martin, para que formado en èl en la Juriſprudencia, pudieſſe lograr deſpues aquel reſpetoſo honor, à que ſuelen elevar las Letras, y conveniencias à los principales Sujetos de eſte Reyno; mas el P. Pedro, llevado mas del diſtinguido character, que imprimen las virtudes en el Alma, eſtando ya para acabar, con conocidas ventajas, la Juriſprudencia, pidiò con grandes inſtancias à nueſtros Superiores ſer admitido en nueſtra Compañia: y conſeguida èſta, empezò en ſu Noviciado à echar aquellas fecundas

ray-

rayzes de virtudes, que produxeron despues los perfectisimos sazonados frutos, que todos experimentamos.

Concluido con aprobacion comun de todos su Noviciado, y perficionado en la Latinidad, que enseña nuestro Seminario, passò à este Colegio de San Pablo, en donde, sin dexar de las manos el exercicio de las virtudes, se aplicò con tan incessante desvelo al estudio de las Artes, y Theologia, que obtuvo siempre, entre sus condicipulos, las primeras funciones literarias, que desempeñò con lustre, y credito de la Religion. Finalizados los estudios, y promovido dignamente al grado de Sacerdote, fue embiado à la tercera Probacion, donde tuvo poco que hacer en conservar aquellas virtudes, que no havian sido perturbadas con el trafago de los estudios; y assi solo procurò elevarlos à la mas estricta perfeccion, y augmentarlas con otras nuevas, proprias del estado Sacerdotal: lo que conocido bien por los Superiores, lo passaron, acabada su tercera Probacion, à nuestro Noviciado, para que con el oficio de Ministro, à que iba destinado, hiciesse tambien brotar, con el riego de sus religiosos exemplos, las flores de las virtudes en aquellas tiernas plantas, que allì empiezan à cultivarse, para dàr à sus tiempos dignos escogidos frutos. Dedicòse aquì el P. Pedro, con tanto anhelo à la educacion de nuestros Novicios, que al mismo tiempo, que hallaban todos en èl las entrañas amorosas de una compassiva Madre, experimentaban el zelo de un recto Padre, procurando cumpliessen exactamente con las obligaciones religiosas, en cuya atildada observancia era siempre èl el primero.

No durò mucho tiempo en este vergel ameno el P. Pedro, porque siendo forzoso à los Superiores proveer al Colegio de San Martin de un Ministro zeloso, prudente, y exemplar, que aplacasse con destreza,

y dis-

y discrecion unos ruidosos alborotos, causados por la gente moza, y libre de este noble Seminario juzgaron, que el mas aproposito para conseguir tal fin, serìa sin duda alguna el P. Pedro. No se engañaron en su juicio, pues luego, que entrò al Colegio este nuevo Ministro, entrò tambien en èl la paz, y serenidad, que continuaron en adelante por haver el P. Pedro con los heroycos exemplos de sus virtudes, y graves exhortaciones, que les hazia los Sabados en la Capilla, no solo mudado aquellos pueriles animos en reposados varones; mas tambien encendido à muchos de ellos al amor de las virtudes, que le miraban practicar, como hasta ahora lo publican los alumnos de aquel tiempo.

Assi passò el P. Pedro sus primeros años de Religion, hasta que pareciò conveniente à los Superiores traerlo à este Colegio de San Pablo, paraque enseñasse en èl à nuestros religiosos Jovenes la Philosophìa; cuyo magisterio acreditò muy bien con los discipulos que logrò, aprovechados en letras, y virtudes; porque no solo les dictaba la Philosophìa Aristotelica; mas tambien con sus exemplos, y continuas exhortaciones los encendìa en el amor de la Philosophìa Christiana, y religiosa, que es el principal fin, à que deben encaminarse nuestros estudios, para aprovechar despues à nuestros proximos.

A esto solo aspiraba el zelo del P. Pedro; y assi dexadas las Cathedras de Theologia, empezò à explayar las velas de sus ardientes deseos de la salvacion de las Almas, en una continua incessante aplicacion al Confessonario, yendose todos los dias à la Iglesia desde los tres quartos para las siete de la mañana, hasta que no huviesse yà mas hombres que confessar: y se aplicaba de mejor gana à estos, que à las mugeres, por juzgar, que à estas como mas dociles, y devotas, nunca

ca les falta, quien ſe haga con guſto cargo de ſu eſpiritual conducta. Mientras no ſe le acercaban penitentes, ſe ocupaba deſde dicho lugar en oir ſumamente atento las Miſſas, que ſe decian, por devocion al venerable Sacramento del Altar, cuya viſita repetia, por largas horas, en la tarde, deſpues de haver corrido la de los Altares, para ganar las copioſas Indulgencias, concedidas à eſte tan ſanto exercicio. Todo el tiempo, que tuvo entera ſalud, no dexò jamas de celebrar eſte ſanto Sacrificio, preparandoſe para èl con continuas eſcrupuloſas confeſſiones, y con larga fervoroſa oracion; pues todos los dias ſe levantaba una, y dos horas antes de la Comunidad, para emplearſe unicamente en eſte neceſſario, y provechoſo trato con Dios, en que proſeguia, deſpues de acabada ya la Miſſa, recogido aun mas en ſu interior, que en ſu proprio apoſento, à donde ſe retiraba.

Llevado de eſte fervoroſo zelo de ſalvarle Almas à Dios, aun ocupado en el cargo de Procurador General de la Provincia, que exercitò por eſpacio de ocho años, mediante ſus conocidos talentos, y amor à la Religion, con notable utilidad de dicho oficio, dedicaba todas las tardes, que no tenia embarazo preciſſo de dicho cargo, al Hoſpital de S. Andres, oyendo en èl de confeſsion à los enfermos, aſsiſtiendolos con regalillos para mejor captarles las voluntades, y diſponiendo à los moribundos con tal conato, y fervor, que llegò à maltrataſele la cabeza, por los peſtiferos halitos, que deſpedìan de ſus lechos, y cuerpos, los enfermos, y moribundos: razon por que fue preciſſo, le ordenaſſe el Medico de eſte Colegio, ſe retiraſſe del todo de eſte ſu humilde apetecido miniſterio; el que convirtiò en confeſſar guſtoſo à la gente deſvalida, y pobre, teniendo por hijos eſpirituales à los Negros, y otros pobres deſtituydos, muchos de los quales acreditan en la per-

feccion de ſus obras, y chriſtiandad la que tenia, el que aſsi los guiaba en el eſpiritu. Hizoſe cargo de varios años à eſta parte, por hallarſe ya reparado de la moleſta deſtemplanza de la cabeza, que le havia cauſado con ſus peſtiferos efluvios el Hoſpital de San Andres, de nueſtras dos Enfermerìas de Morenas, y Morenos, à quienes aſsiſtia con amoroſos deſvelos, confeſſandolos, y diſponiendolos para la muerte, y cuidando, deſpues de fallecidos, no ſolo de enterrar ſus cuerpos, mas tambien principalmente de que ſe aliviaſſen ſus Almas, aviſando por eſte fin, con ſolicito cuydado à los ſugetos ſeñalados para decirles las Miſſas, por ſi acaſo no huvieſſe llegado à ſu noticia, el eſtar deſtinados por la Religion para tan chriſtiana charitativa obligacion.

Dotòlo Dios de un genio ſumamente compaſsivo, y charitativo; pues no havia neceſsidad, que èl ſupieſſe, que pudiendola remediar, no lo hicieſſe con pronto, exceſsivo guſto. Por eſta cauſa decia ſe alegraba unicamente, tener à ſu cargo la Congregacion de Nra. Sra. de la O; pues con las crecidas limoſnas de las Miſſas que èſta reparte menſalmente, aliviaba con larga mano à muchiſsimos neceſsitados; y aun ſiendo ellas tan exceſsivas, no le baſtaban para ſaciar ſus deſmedidos deſeos de ſocorrer à los Pobres, è indigentes: razon por que ſu piadoſo corazon ſolcitaba tambien de otras perſonas charitativas modos, y medios, con que poder ayudarlas; los que conſeguidos en varias limoſnas, que le daban, para que por ſus manos ſe repartieſſen, eran el mas grato alago de ſus compaſsivos deſeos. Quan gratos fueſſen à Dios eſtos ſus charitativos deſeos, lo moſtrò bien ſu Mageſtad, haciendo, que al cuydado del P. Pedro, crecieſſen las rentas de dicha Congregacion al auge, en que jamas ſe han viſto; pues quando todas las mas obras pias de eſta Ciudad

que-

quedaron con el Temblor de 46. quasi del todo arruinadas en sus rentas, las de su Congregacion se augmentaron en muy notables cantidades.

Para promoverla, no solo en lo temporal, mas principalmente en lo espiritual, èl mismo salia en persona todos los Sabados à convidar à sus congregados à las platicas de los Domingos, en las que con fervoroso zelo los exhortaba à evitar los vicios, y servir à Dios con perfeccion: y como oian à un Predicador, que no solo en las palabras, mas tambien en las obras, mostraba lo que les decia, se aprovechaban fructuosamente de sus Platicas, repitiendo confessiones, y comuniones, no solo en las fiestas principales de Christo, y de su Madre, mas aun en dias particulares. Ni es de estrañar aprovechasse assi à sus proximos en platicas publicas espirituales, quando aun en conversaciones familiares les procuraba con destreza infundirles este provecho, mesclandoles siempre en ellas algo espiritual, y poniendoles à la vista los desengaños del Mundo, la brevedad de la vida, y otros casos semejantes, que produxessen en sus Almas el perfecto conocimiento, y solida estimacion de los verdaderos bienes.

El tiempo, que no estaba en la Iglesia, ò en sus ministerios espirituales de ayudar à nuestros Morenos enfermos, lo gastaba en su aposento en el estudio continuo del Moral, y en la letura de libros espirituales, con recogimiento tan grande, que jamas se le viò en aposento ageno, sino para cosas muy necessarias, ò religiosas politicas atenciones, y esto con licencia que tenia pedida à los Superiores para semejantes casos. Retirado assi el P. Pedro à su aposento, eran para èl siempre nuevas, todas las cosas que passaban, no solo en la Ciudad, mas aun en el proprio Colegio, sin preguntarlas curioso, ni quererlas escuchar; por que decia

fre-

frequentemente, que no siendo pertenecientes à la persona, no se debia meter en ellas, sino dexarlas correr como quisiessen; viniendo de este modo à tener una vida de un solitario Anacoreta.

En las visitas, que à su aposento le hacian algunos sugetos, en los tiempos de las recreaciones ordinarias de la Quiete, jamas permitia se mesclassen platicas, que oliessen à la mas leve murmuracion, ò resistiendo con pecho esforzado al que se deslizaba en este punto, si era persona inferior; ò mudando, si era Superior, con gracia, y prontitud, la conversacion; repitiendo en lances semejantes muchas veces, que valia mas una razon, aunque ligera ayudada de la charidad, que muchas en contra, para disculpar qualquiera falta en nuestros proximos; y concluyendo por ultimo recurso, con aquel: *Escusa intentionem, si non potest opus* que aconsejan los Doctores espirituales, y era muy usado en tales ocasiones del P. Pedro.

Mas que mucho disculpasse charitativo à aquellos sugetos, cuyas faltas no cedian en perjuycio alguno de èl, quando aun à aquellos, que le agraviaban, era pronto à disculparlos. No se le ocultò algunas vezes, que motejaban sus acciones, y la vida retirada, que traia en su aposento, diciendo era solo por mirar à su propria commodidad; y jamas se le oyò quexa alguna de aquellos, que assi hablaban, antes bien los aplaudia siempre, que se presentaban ocaciones, y si podia los beneficiaba con mayor gusto, y empeño, siendo dicho comun suyo, que à los enemigos siempre se havia de retornar con quantos favores se pudiesse.

Provenia en el P. Pedro esta generosidad de animo del gran desprecio, que tenia de su persona, juzgandose por el mas infimo de todos, como lo acreditaba con palabras, y con obras: con aquellas, no pudien-

diendo oir ſin ſonrojo alabanza alguna ſuya, ò coſas las mas leves que cedieſſen en ſus elogios; impidiendolas luego al punto, con decir, que era una nada, pues en la realidad eſto ſolo era delante de Dios: con eſtas, dedicandoſe al miniſterio de la gente mas deſpreciable, y abatida, y ſirviendo perſonalmente, quando ſe ofrecia ocaſion, con notable guſto à ſus inferiores. De eſte humilde deſprecio, y humildad profunda nacia en èl el horror tan grande, que tuvo toda ſu vida, à que la Religion lo ocupaſſe en algun cargo de Superior; y haviendole venido de Roma uno de nueſtros Colegios, hizo al punto una propueſta tan eficaz y perſuaſiva, que ſe vieron los Superiores obligados à condeſcender con ella: y para cortar de raiz eſtos cargoſos aſcenſos, que impedian à ſu humildad el ultimo lugar, que tanto apetecia, recurriò à nueſtro P. General, proponiendole en una ſubmiſſa carta tales razones, dictadas de ſu humildad profunda, que no queriendo ſu Paternidad afligirlo en adelante, ordenò, no ſe le propuſieſſe ya para cargo alguno de eſtos, al P. Pedro.

Y verdaderamente huvieran eſperimentado en èl los Subditos un Padre todo amor, y charidad para con ellos, y un Superior todo vigilancia para el cumplimiento exacto de las obligaciones religioſas; pues al igual de ſu charidad para con los proximos, era el amor que tenia à la Religion. Eſte le hacia ſentir muy al vivo qualquier quebranto de ſus leyes, y eſtatutos. Eſte le penetraba intimamente el corazon quando oìa decir hablaban algunos emulos contra èlla, ò le movian algunas perſecuciones. Eſte lo arraſtraba à eſtimar con mayor reſpeto à aquellos ſugetos, que con ſus letras, y virtudes la acreditaban, y mirar con mas amor à aquellos de nueſtros Jovenes eſtudiantes, de quienes por ſu virtud, juyzio y aplicacion al eſtudio, preſumia

podian ſervir de lùſtre en adelante à ſus miniſterios. Eſte en fin le hacia acomodarſe, y guſtar tanto de nueſtras religioſas modales, que parecia un Jeſuita vaceado deſde la cuna en ſus religioſos moldes.

Pero ſi no lo fue deſde ſu nacimiento al Mundo, lo fue deſde el que logrò en la Religion, renaciendo en ella por medio de la perfecta obſervancia de ſus reglas, y continua mortificacion, aſsi del cuerpo, como del Alma. Afligia à aquel por ſus proprias manos, yà con frequentes diſciplinas, y continuos aſperos cilicios, que ſe encontraron, deſpues de ſu muerte, deſpedazados, y rotos, publicando con ſus deſtrozos el que havian executado en ſu penitente cuerpo; yà con tan exceſsiva parcimonia en la comida, que ſiempre ſe levantaba de la meſa ſin aquel alimento neceſſàrio, para mantenerſe con fuerzas; yà en fin meſclando de continuo, al deſcuydo del compañero, una gran porcion de ſal, que deſazonaſſe la vianda: la que jamas le pareciò mal guiſada; por que ſu continua mortificacion parece llegò à ponerle en ſu boca el paladar de San Bernardo, como le decian por chiſte algunos que quexandoſe tal vez, por no tan mortificados, del mal condimento de la vianda, oìan no obſtante al P. Pedro decir, no haverle parecido mala, y aun alabarla.

Mas era nada eſta mortificacion de ſu cuerpo, comparada con aquella, que toleraba en lo interior de ſu Alma clavada por el eſpacio de toda ſu vida, en la peſſadiſsima Cruz de importunos, menudiſsimos eſcrupulos, y combatida de moleſtas, porfiadas tentaciones, con que el Diablo permitiendolo Dios, para tener al P. Pedro en continuo exercicio de las virtudes, tan à rienda ſuelta lo afligia, que obligaba muchas vezes à ſu corazon, anguſtiado, à clamarle en alta voz à la Mageſtad divina, hizieſſe yà ceſſar aquella importuna lu-

cha,

cha, con que el enemigo comun tan rebelde, y ostinado lo molestaba. Esta cruel, porfiada batalla lo precissaba los mas de los dias à repetir varias, dolorosas confessiones, passando à vezes de quatro, y seis en el corto espacio de una sola noche: razon, por que le fue forzosso à su Confessor ordenarle seriamente usasse consigo aquellas solidas reglas que (como muy bien sabia, pues èl tambien las practicaba con algunos de sus penitentes, combatidos de esta tormenta) enseñan los Authores, para aquietar las fatigas, que atraen à las Almas devotas, semejantes tempestades; mas como èl en su concepto se reputaba por el mayor pecador, solo por obedecer à ciegas, à quien governaba su conciencia, se acomodaba à la practica de tales principios, y reglas.

Y à la verdad, no se puede dudar fuesse premio de esta su ciega obediencia, y humilde sujecion aquella serenidad tan extraña, que le diò Dios al tiempo de la gravedad de su accidente; pues siendole forzoso entonces disponerse para recibir el Viatico, lo executò ligeramente con tanta paz, y sosiego, que solo actuò las confessiones las dos vezes, que en esse tiempo recibiò este pan de los Cielos, y la tarde del mismo dia; en que falleciò, por desear con ansias recibirlo otra vez al dia siguiente, si acaso amaneciesse con vida: en lo que no podia dexar de conocerse muy visiblemente, andaba allì la invisible poderosa mano de Dios, y que solo havia permitido esta porfiada, dilatadissima batalla de escrupulos, y tentaciones, por vèr pelear animoso, y resistir esforzado, con los auxilios de su poderosa gracia, à una Alma humilde, y afligida, que solo deseaba con ansias agradar à su Magestad divina, en todas sus operaciones.

Indice de estos eficaces deseos puede ser, fuera

de

de las otras heroycas obras, que hemos referido hasta aqui, la estricta puntual observancia de aquellas tres principales virtudes, que constituyen el distinguido caracter del estado religioso. Conociasse bien, amaba la pobreza como Madre, en el total despego, que tenia su corazon de los bienes de la tierra, sin permitir se le pegasse el afecto à alguno de ellos, ni mucho menos, se encontrasse en su aposento alhaja alguna, que no respirasse el olor de esta virtud. Haviendo puesto un sujeto en su aposento una cucharita de plata, paraque usasse de ella, quando fuesse necessario, se la volviò el P. Pedro, diciendole le bastaba à el para essas necesidades una, que tenia de cobre, tan tosca, y excesivamente gruesa, que viendolo el proprio sujeto usar de ella en su enfermedad, con notable ineptitud para el oficio de comer, por lo muesso de su labio, le rogò admitiesse prestada, si quiera para este tiempo, una de Laton, mas apta, por delgada, para poder coger con ella el tenue menudissimo alimento, que solo permitia su excessiva inapetencia, y notable repugnancia, se le serviesse. En lo que condescendiò por fin, por conocer unicamente la necesidad de este mas proporcionado instrumento.

Sus vestidos, aunque siempre limpios, y compuestos, con religiosa moderacion, no estrañaban los remiendos, cuidandolos para la duracion, y apreciandolos, quanto mas toscos. Anduvo por mucho tiempo con una Sobreropa tan basta, y descolorida, que una persona piadosa, y allegada suya viendolo con trage tan despreciable, se valiò del Superior, paraque le ordenasse, fuesse à la Roperia à tomar otra decente, que la propria persona, llevada del respeto, y amor que le tenia, le havia hecho dispon er: en lo que vino el P. Pedro por mandarselo el Superior, bien que no teniendo valor, para apartar del todo de su persona, aquella

apre-

apreciada insignia de su amadissima pobreza, permitiendoselo el Hermano Ropero, y dandole con gusto su licencia, por hechar de su oficina tan inutil despreciable trapo, llevò tambien consigo la vieja, tosca, y descolorida, para estar si quiera el tiempo que se hallasse en su aposento, vestido de librea tan desecha à los ojos de los hombres, pero preciosa à los de Dios. Era atildadissimo en pedir licencia para todas las cosas que usaba su moderacion; y no contento con la general, que pedia, y le daban los Superiores mayores, iba al principio de cada Mes al aposento del Padre Ministro, à pedirle su licencia, para el uso de las proprias cosas.

El que assi amaba la pobreza, ya se vè quanto amaria aquella celestial virtud, que hace à los hombres Angeles en esta vida, traslando à ellos por imitacion, lo que estos gozan por naturaleza. Atraido desde sus tiernos años de la suave delicadissima fragancia, que exhala la virtud de la pureza, hizo voto, aun siendo niño, Colegial de San Martin, de observar perpetuamente castidad: el que ratificado despues en la professsion religiosa, fue siempre el esmero mas prolixo de sus cuidadosas atenciones. Por tanto conociendo bien se aja su delicadez, con el mas leve contagio, para ponerla lexos de todo insulto, huia cuidadoso de todos aquellos objetos, que pueden contaminarla. Evitaba siempre la familiaridad en el trato de las mugeres, aunque fuessen sus mas cercanas parientas; y quando era preciso hablarlas, era con tan gran recato, y modestia tan profunda, que jamas miraba fixamente al rostro de la persona à quien hablaba. Aplaudiendole en cierta ocacion un noble cortesano la hermosura, y belleza de que se mirabà adornada una Sobrina del P. Pedro, le respondiò con ingenuidad, y encogimiento, que no le havia reparado el rostro: lo que dexò à dicha persona, no menos

 edi-

edificada, que confundida, viendo que aun el parentesco tan cercano, no havia servidole al P. Pedro, de titulo decente para mirarla. Mas no es de estrañar esta su casta modestia, para con semejantes objetos, quando aun hablando à personas distantes de todo riesgo, era casi siempre con los ojos medios cerrados, ò convirtiendolos à otra parte, como se lo tenian observado aquellos mismos, con quienes algunas vezes trataba. Lo que executaria sin duda, para tenerlos habituados à aquella estricta custodia, en que los ponia su vigilancia, al conversar con personas, que pudiessen perturbar con alguna ingrata especie, el candor angelical de la pureza, tan amada de su limpio corazon.

Si era cuidadoso el P. Pedro en cerrar los ojos del cuerpo para guardar vigilante la castidad, era tambien mui solicito en cerrar los del Alma para obedecer à ciegas à quanto le mandaban, poniendo en execucion pronta, y perfecta, no solo las intimaciones de los Superiores lexitimos, mas tambien las de aquellos, que tenian visos de semejante authoridad. Dionos exemplos de esta su pronta obediencia, no solo el tiempo que gozò de una perfecta salud, mas tambien el de su penosa enfermedad, en que siendo preciso aplicarle medicinas ingratas, y repugnantes; al oir de los enfermeros, era orden, y disposicion del Medico, baxaba luego su cabeza, tomandolas con prontitud, y echandoselas à pechos con resignada conformidad, sin oirsele otra palabra, que un sea por Dios, que afligia, contristaba, y entencia los corazones de los asistentes. La noche misma en que falleciò, haviendole dicho, pocas horas antes de su transito, un sugeto que era preciso se quedasse en su aposento un Sacerdote, para socorrerle, y ayudarle, le rogò con instancias lo hiciesse retirar à su aposento, a donde èl embiaria à llamarlo, si instasse la neceſi-

necesidad: mas replicandole el sugeto era disposicion de los Superiores, conformandose al punto con ella, vino gustoso en que se quedasse el Sacerdote; mas tambien pidiò, que ya que no podia librar à este de tal molestia, se le concediesse à lo menos librar de ella à toda la Comunidad, diciendole luego, sin assistencia de esta, con solos aquellos pocos sugetos, que alli se hallaban presentes, la recomendacion del Alma, à la que respondia con tierna encendida devocion.

Coronaba el P. Pedro estas heroycas virtudes con un tierno eficaz amor à Dios, à su Santissima Madre, y à N. P. S. Ignacio, fuera de otros varios Santos, à quienes procuraba obsequiar con devotas oraciones. Prueba incontestable de su amor para con Dios, es la vida que professò en la Religion, siempre ajustada à la menuda observancia de sus reglas, al cumplimiento exacto de sus votos: el zelo ardiente de la salvacion de las Almas, nunca interrumpido, y actuado siempre, hasta la ultima enfermedad, que le privò de las fuerzas, postrandolo en una cama: la charidad fervorosa con que atendia à los pobres, y desvalidos, como miembros del mismo Christo: la conformidad heroyca, y total indiferencia, con que acercandose yà al ultimo termino de la vida, se puso, y entregò en las manos de su Criador con tales veras, que ni apetecia la vida, ni repugnaba la muerte, deseoso solo de que en todo se executasse la voluntad divina, en cuya encendida fragua forjaba su amoroso pecho aquellas frequentes jaculatorias, con que à cada instante repetia, sea por Dios, hagase la voluntad de Dios. Dardos con que aun en su entera salud penetraba frequentemente los Cielos, quando se veia congojado de sus amargas tribulaciones.

El amor tierno à Maria Santissima respiraba, y se daba bien à conocer en varias dulces devociones con

que

que ademàs del Roſario, que reſaba todos los dias arrodillado en la Igleſia ante uno de ſus Altares, la procuraba captar: en los ayunos, y mortificaciones extraordinarias de ciliciòs, y diſciplinas, las viſperas todas de ſus feſtividades: en los tiernos, amoroſos coloquios, con que en ſus aflicciones, y eſcrupulos la invocaba, paraque como eſtrella del Mar ſerenaſſe las tempeſtades, que inceſſantes lo combatian: en los prolixos cuidados con que atendia à la ſolemnidad de ſus Cultos, procurando à expenſas de ſus deſvelos, ſe adornaſſe con precioſos veſtidos de exquiſitas telas, è iluminaſſe con varias luzes, en todas las feſtividades de la Señora, un pequeño hermoſo ſimulachro ſuyo, que ſe venera en la Capillita de nueſtra Enfermeria; y haziendo ſe celebraſſen en la Capilla grande de ſu Congregacion de la O todas ſus fieſtas con ſolemniſsima Pompa, para excitar mejor en ſus nobles congregados, el amor à eſta divina Reyna, como tambien lo executaba con ſus Platicas, y palabras, en todos los que trataba.

Prueba en fin de ſu encendido amor para con nueſtro eſclarecido Patriarcha eran, no menos aquellas centellas de ternura, con que ſiempre ſe hacia lenguas de ſu ſagrada Compañia, y de ſu noble Inſtituto, juzgandoſe por indigno de veſtirſe de ſu diviſa, y gozoſo toda ſu vida de verſe ſin merito alguno ſuyo, agregado dichoſamente à tan religioſo cuerpo; que las quotidianas viſitas, que le hacia las mañanas, y las tardes, arrodillado ante ſu magnifica, mageſtuoſa eſtatua, expueſta à la comun veneracion en nueſtra Igleſia, en un galante ſumptuoſiſsimo retablo. Pero donde mas ſe encendiò eſte amoroſo fuego, fue en las viſperas de ſalir ya de las priſiones del cuerpo; pues avivandoſe entonces, con mayor ardor ſus llamas, deſatò ſus labios en tan dulces, afectuoſos coloquios, para con el Santo Padre,

Padre, y en confianza tan ſegura, de que havia de interceder por èl con la divina Mageſtad, que enternecia los corazones de los que ſe hallaron preſentes: quienes al vèr tan fogoſa actividad, preſumieron, con razon ſerìan eſtas las ultimas llamaradas de ſu vida, pues con impetu tan grande ſe encaminaban velozes al fuego del grande Ignacio, para preſentarſe, en tan amable Compañia, al centro apetecido de Nro. Dios, todo fuego por naturaleza.

Paraque conſiguieſſe feliz, dicha tan grande el P. Pedro, como piadoſamente creemos, diſpuſo antes eſte divino fuego purificarlo por largo tiempo, en el criyſol de la moleſta penoſa enfermedad, que le conſumiò la vida. Empezò mas de un año antes de ſu fallecimiento, à ſentir en sì tan grande inapetencia à la comida, que apenas probaba unos ligeros bocados, quando ſe ſentia incapaz de proſeguir, tomando los neceſſarios para mantener al cuerpo. Iba la eſcaſsès del alimento, fomentada de la cauſa, que lo excitaba, debilitando, y enflaqueciendo tan ſenſiblemente ſu penitente cuerpo, que ſe hazia mucho reparar de todos los que lo miraban. Solo el paciente no eſtrañaba eſta debilidad y flaqueſa, ò porque ſu agigantado eſpiritu le daba fuerzas para continuar ſiguiendo la Comunidad, ò porque ſu mortificacion, tan amada, le hacia guſtoſa la ruina de aquel cuerpo, que tratò ſiempre como à ſu mayor enemigo.

Llegò al fin à crecer en tanto grado aquella ſu inapetencia, que no pudiendo yà paſſar ſin notable repugnancia, y mortales baſcas el alimento, fue preciſo ponerſe en mano de los Medicos, para curarſe. Juntaronſe los mas peritos que tiene eſta Ciudad, quienes reputando al principio, por obſtrucciones de eſtomago, à enemigo tan pernicioſo, aplicaron para deſalojarlo del

 pueſ-

puesto, todas aquellas medicinas, que juzgaron mas convenientes, y eficaces; pero no cediendo à ninguna de ellas, antes bien tomando cada dia mayores fuerzas, llegò à declararse en una colera requemada, que causandole al enfermo una desenfrenada Disenteria, incapaz de atajarse con los mas prontos remedios; despues de haverlo consumido en el cuerpo, y aumentadole en el Alma un copioso caudal de nobles merecimientos, por la heroyca paciencia, y sufrimiento, con que tolerò constante sus molestissimas penalidades, desatò por fin à èsta de aquèl, el dia 21. de Abril à las 9. y tres quartos de la noche, para que volasse libre à las manos de su Criador à los sesenta y seis años, tres meses, y ocho dias de su edad, cinquenta y un año de su religiosa vida, y treinta y seis de Profeso de quarto voto.

No bien empezaron nuestras campanas à las cinco de la mañana del siguiente dia, à publicar à la Ciudad la muerte del P. Pedro, quando correspondieron prontas à sus funestos clamores, las de la Iglesia del Seraphico P. S. Francisco, à quienes siguieron à las horas acostumbradas las de la Iglesia Cathedral, y demàs Sagradas Religiones, convidãdose tambien todas ellas à competencia, à hacerle las exequias; mas prevaleciò, en correspondencia sin duda de la humildad del Difunto, la humildissima esclarecida Seraphica Familia; y contentandose las otras con el Responso, Missa solemne, y assistencia personal de los mas ilustres miembros de sus religiosas Comunidades, le hizo la Pompa funeral la dicha Seraphica Familia, celebrando la Missa su exemplar dignissimo Provincial, y llevandole el compàz à la Musica su gravissima Comunidad, con armonia tan pausada, lugubre, y circunspecta, que daba bien à conocer, era un vivo sentimiento de la pèrdida de un Hermano de su religioso gremio, qual era el P. Pedro, por estàr, tiempo havia, assentado en

su

ſu Tercera Orden; como tambien luctuoſa compañia, que ſe dignaba hacer à nueſtra Religion, profundamente condolida, por la falta de tal hijo: añadiendo con fineza tan eſtimable la Religion Seraphica eſte eslabon mas à las precioſas cadenas con que tiene apriſionada à nueſtra gratitud, ſu religioſa beneficencia.

Fue exceſivo el concurſo, que aſsiſtiò à nueſtra Igleſia, no ſolo de la gente plebeya, mas tambien de ſus principales Ciudadanos, premiando Dios, con tan ſolemne Pompa, aun en eſte Mundo, aquel humilde retiro con que procuraba en vida el P. Pedro, ſepultarſe à los ojos de los hombres, y huir, como de peſte, de los aplauſos del Mundo: los que en eſte dia ſe aumentaron con los gemidos de los pobres, que lloraban en el P. Pedro la muerte de un comun Padre, de un inſigne benefactor, y de un hombre, que reſpetaba la Ciudad toda por un perfecto exemplar de eſtrictos obſervantes Religioſos, como lo acreditan con ſus vozes, pues aun viviendo lo apellidaban con el titulo de Santo, los que lo conocian, y trataban, por el alto concepto que ſe havian formado de la rectitud, obſervancia, y Religion de eſte Varon Apoſtolico.

Y parece que el miſmo Cielo quiſo, deſpues de ſu muerte, confirmar, y acreditar eſte bien fundado concepto, con uno de aquellos ſuceſos, que ſiendo meras contingencias en lo humano, ſon, no obſtante, para Dios, muy prevenidos anuncios, con que ſuele ſu ſabia, cuidadoſa providencia confirmar aquellas eſtimaciones, que una exemplar religioſa vida haze formar à los que la vèn, y experimentan, de ſer verdaderos ſiervos ſuyos, y hallarſſe muy favorecidos de ſus divinas manos aquellos, que ſalieron de eſte Mundo con eſta reputacion. Fuè el caſo, que por eſte proprio tiempo en que falleciò el P. Pedro ſe halla el fervoroſo charitativo zelo de los

Dipu-

Diputados del Hoſpital de San Bartholome, en que ſe curan los Morenos libres de eſta Ciudad, empeñado noblemente en ſacarlo, con un bien firme reparo, de la total eſpantoſa ruyna, en que caſi lo ſepultò el fatal terremoto de 46. Mas no haviendo en ſus eſcaciſsimas rentas ſuficientes fondos para empeño tan glorioſo, recurriò la induſtrioſa piedad de dichos Señores Diputados, à convidar à todos los vecinos con el interès de algunas ſuertes, que dando à numero determinado de aquellos proprios ſugetos, que entraſſen à ellas con la corta limoſna de ſolo un real, la cantidad de 100. peſos, dexaſſen en el reſto de lo demàs, que ſe juntaſſe, porcion competente de dinero, con que poder levantar, y poner en pie una obra de tan heroyca charidad.

Entre los muchos, que ſe determinaron à tener parte, aſsi en eſte piadoſo reparo, como en ſus proprios alivios, fuè una perſona pobre, y neceſitada; quien deſeoſa de aſegurarſe en la ſuerte, movida en ſu interior de aquel reſpeto, y veneracion de hombre Santo, que havia ſiempre tenido del difunto, puſo en la cedula con que entrò, en vez del Santo, con que comummente ſe ſeñala dicha cedula, el nombre del P. Pedro. Empezaron, el dia ſeñalado para el ſortèo, à ſacarſe de las innumerables que tenia juntas, y rebueltas en ſu ſeno el cantaro, donde ſe echan, las cedulas de aquellos, que haviendo concurrido con ſu limoſna, debian completar el numero prefixo de los dichoſos; quando, la primera que ſe preſentò à los ojos de los Juezes, y oidos de todo el concurſo, fuè la que havia ſeñalado con el nombre del P. Pedro, aquella perſona pobre, y neceſitada; quien llena de regozijo de haver tomado tal Patron, quiſo tambien explicar ſu gratitud, partiendo con èl del dinero que le tocò, en varios Sacrificios, que mandò decir por ſu Alma.

De

De este modo, al parecer, ha querido tambien el Cielo confirmar la opinion de Santidad, que han tenido del P. Pedro los Ciudadanos de esta Corte, y mostrar con este suceso, se halla su religiosa perfecta Alma, muy en las manos de Dios; pues estando en estas, segun la expresion del Real Propheta, las suertes todas de los hombres: *In manibus tuis sortes meæ*; la primera que saliò de essas liberales manos para socorrer à un triste necesitado, fue la que estaba caracterisada con el nombre del P. Pedro, tan solicito, y cuydadoso, quando vivia en este mundo, de aliviar las necesidades de los pobres. Bien que, puede tambien juzgarse piadosamente que haviendo sido las suertes en el Hospital de S. Bartholome, en que se curan los negros miserables, y desvalidos, aquellas felices Almas de esta pobre desdichada gente, que se hallan habitando yà en los Cielos, pedirian à la divina Magestad, para muestra de su grata correspondencia, fuesse preferida, en llevarse el primer lugar entre todas las otras cedulas, aquella que en sì gravaba el nombre de aquel varon Apostolico, que havia siempre preferido à los pobres Morenos en sus ministerios espirituales, confessandolos charitativos, perficionandoles en la christiandad las Almas, y disponiendolas fervoroso, para que lograssen felices el ultimo dichoso fin de su eterna bienaventuranza.

Psalm. 30. 16.

Esta es la gran pèrdida, que lloramos en la muerte del P. Pedro: la que, aunque no podamos dexar de reputarla por pèrdida, y pèrdida excesivamente grande para nosotros, mas para su dichosa Alma, fue sin duda una ventajosa ganancia: pues no puede dexar de ser feliz, y dichoso aquel Varon, que haviendo tenido en este Mundo una vida verdaderamente excelsa, la animò siempre al influxo de un humilde espiritu como assegura San Nilo: *Beatus cuius vita est excelsa; spiritus*

autem humilis. Excelsa fue por la nobleza de su nacimiento la vida del P. Pedro; excelsa, por la heroyca resolucion, con que atropellando generoso por las conveniencias, y honores, que con tan solidos fundamentos podia esperar del mundo, se abrazò con Jesus en la Cruz de su Compañia; excelsa, por sus continuas mortificaciones en el cuerpo, y en el Alma; excelsa por sus operaciones charitativas con los proximos; excelsa por sus ministerios Apostolicos con los pobres y desvalidos; excelsa, por la observancia estricta de sus votos, y constituciones; excelsa, por el amor encendido à Dios à su Santissima Madre, y à otros Santos sus devotos; excelsa finalmente por todas sus religiosas virtudes: mas toda esta excelsitud se animò principalmente del espiritu, de una profunda humildad, de un heroyco abatimiento, y de un sumo desprecio, que tuvo siempre de su persona. Y si segun el gran San Basilio Obispo de Seleucia el fruto de esta preciosa planta no es otro que el mismo Cielo: *Humilitatis plantam diligamus, cuius fructus est Cœlum*, debemos piadosamente creer, se halla yà en essa amena Region la humildissima Alma del P. Pedro, hartandose para siempre de tan sazonado fruto. El que, juntamente con la imitacion de sus religiosas virtudes, quiera la Divina Magestad concedernos. En las Santas Oraciones, y Sacrificios de VV. RR. mucho me encomiendo. Lima, y Junio 6. de 1759.

Muy Siervo de VV. RR.

Alonso Lobera.